

las Casas-Matas del Callao. Durante su prision, fué sometida a rigurosa prueba: no solo se la confundió con los forajidos, sino que, víctima diaria de soeces e irritantes burlas de sus carceleros, fué puesta en capilla para ser fusilada.

Desde su calabozo oyó el estampido de los cañones que cubrieron de gloria a los vencedores de Guías, primer hecho de armas en que el ejército chileno obtiene un espléndido triunfo a las puertas de Lima. Sin tener mas noticias de las operaciones bélicas que las trasmitidas por sus carceleros, que amargaban su corazón con la amenaza de ser próximamente fusilada, i, viendo que las tropas de la confederacion permanecian dueñas del puerto, Candelaria Pérez no dudó de la derrota de los chilenos.

Un día el coronel Guarda pasa por la puerta de su prision, ve a Candelaria i le concede una audiencia. Oye a la prisionera, quien se queja en términos enérgicos i casi insolentes del trato injusto que se le daba, se despierta en él cierta benevolencia hácia aquélla i dice a los soldados que la custodiaban, con marcado tono de desprecio:

«Larguen a esa chola infame i que se vaya con sus chilenos.»

Ofendida en extremo por estas palabras, Candelaria juró vengarse con hechos que dieran a conocer a los peruanos quién era la chola a quien en tan poco miraban.

En cumplimiento de su promesa, se encaminó sin tardanza a la ciudad de Lima con el objeto de reunirse al ejército chileno, que ocupaba aquella capital desde el 22 de agosto de 1838, siguiente día de la batalla de Guías. Allí fué recibida con entusiasmo por los que habian de ser sus futuros compañeros de armas i de sacrificios: manifestacion que, con sus servicios, abnegacion i sufrimientos, demostró mas tarde ser harto merecida. El mismo jeneral Búlnes, que ántes habia intentado con empeño su rescate, la acoje con aprecio i simpatía, la incorpora al ejército i la ocupa en asuntos del servicio.

El mismo día de su incorporacion en aquél (22 de agosto), Candelaria marcha en una division chilena que, mandada por el jeneral José María de la Cruz, salió en direccion al Callao, con el objeto de impedir que los vencidos de Guías se uniesen a la guarnicion de los castillos.

IV

Fracasadas las negociaciones que se iniciaron con el coronel Guarda a fin de obtener la rendicion de la plaza, un decreto espedido por el jeneral Gamarra en 31 de agosto de 1838, declaró en estado de sitio i bloqueo la fortaleza del Callao.

Durante este sitio, que se prolongó hasta el 8 de noviembre del mismo año, los servicios prestados por Candelaria Pérez fueron mui distinguidos i provechosos en demasía para los sitiadores. Servia activamente en las grandes guardias i se incorporaba a las partidas de guerrilleros que, para contrarrestar las del enemigo, salian a menudo del ejército restaurador, distinguiéndose por hechos que le granjearon la consideracion de todos.

El conocimiento práctico de las localidades, adquirido por su larga residencia en el Callao, influyó para que se le confiara desde luego la comision de dirigir avanzadas que pusieran en constante alarma a los sitiados.

Agregada a una compañía del Carampangue, no hubo dia en que Candelaria no hostilizara a los enemigos, matándoles jente, arrojando salitre a los pozos que suministraban agua i esparciendo proclamas en los contornos de las fortalezas. En todos los ataques i asaltos, en que se combatia con desesperacion, Candelaria se hizo notar en primera línea por su bravura, el injenio de sus estratajemas i su entusiasmo superior a todo elogio.

En la noche del 29 de setiembre, el coronel don Pablo Silva, comandante del batallon Aconcagua, penetró con algunas fuerzas al pueblo del Callao, a fin de ejecutar un movimiento convenido entre los sitiadores i algunos oficiales de la guarnicion sitiada.

La tropa del coronel Silva fué guiada por Candelaria. "Marchaba, dice un distinguido historiador, a la cabeza de la columna, con una osadía superior a su sexo; señalando el camino i el peligro. Sin desmayar, ántes bien infundiendo enerjía, llegó hasta las puertas del castillo, donde retó en alta voz a los sitiados a que salvarsen sus impenetrables murallas."

El castillo a que alude el historiador citado, era la fortaleza de la Independencia, el mas importante de los que defendian el Callao. «Grandioso i sombrío edificio, agrega el mismo historiador, rodeado de altas murallas, que solo de trecho en trecho dejan ver las bocas de los cañones que le sirven de defensa». La empresa era demasiado arriesgada, pues cerca de éste habia otro mas pequeño, llamado el Castillo del Sol, cuyos fuegos cubrian el pueblo i abarcaban alguna estension fuera de él. Como se comprende, el arrojo de que en esta ocasion hizo gala Candelaria, consagró ante sus compañeros casi definitivamente su heroismo.

V

El 10 de noviembre, don Andres de Santa Cruz hizo su entrada triunfal a la ciudad de Lima. Dos días ántes, decidida la retirada de los chilenos al norte, la division sitiadora del Callao, como todo el resto del ejército restaurador, tomó el camino de Ancon, puerto en que se embarcó el día 11; i a las 8 de la noche, la escuadra se dió a la vela con destino a Huacho, adonde arribó a la mañana del día 17. Este mismo día, llegó la division de caballería a Chancay, en conformidad a la orden impartida el día 11 por el Estado Mayor Jeneral; i el 13 a las 7 de la mañana, marchó esa misma division a Chancallo, de donde a las 5 de la tarde siguió su movimiento a Huacho.

Fraccionado el ejército en dos grandes divisiones, una de ellas se encaminó hácia la provincia de Huaylas, i la otra marchó poco despues a Huaraz, al mando del jeneral Torrico. Candelaria Pérez iba incorporada a esta última.

Antes de llegar a su destino, la division de Torrico se detuvo en Chiquian, pequeña aldea situada entre Huacho i Huaraz. Miéntras la tropa, rendida por la prolongada marcha, se entregaba al sueño i a los pasatiempos, el jeneral Torrico fué instruido de que cuatro columnas enemigas intentaban envolver a su division. Ignorante este jefe del número de tropas que iban a atacarle i temeroso de trabar un combate desigual, resolvió retirarse con su division; pero, ántes de poner en obra su pro-

pósito, mandó al capitán de cazadores del batallón Carampangue, don Guillermo Nieto, con cincuenta hombres i seis lanceiros, para que salieran directamente al encuentro del enemigo i le entretuviera, mientras sus tropas tomaban alguna posición donde ventajosamente pudieran defenderse.

El capitán Nieto, en cumplimiento de las instrucciones que se le dieron, marchó resueltamente a cumplir su cometido. Para vijilar con toda escrupulosidad los movimientos del enemigo, envió un destacamento destinado a observar de cerca las operaciones de las columnas del adversario.

Candelaria Pérez, que formaba parte de ese cuerpo de exploración i vijilancia, tuvo oportunidad esta vez de distinguirse por su entusiasmo sin igual i su valentía a toda prueba. En efecto, repentinamente el destacamento fué rodeado por un escuadrón de caballería peruana, que estaba emboscado. Su jefe, al ver el reducido número de enemigos, comenzó a burlarse de ellos entre amenazas, insultos i groserías, i a intimarles que ninguno de ellos quedaria vivo. Después de algunos instantes de [estupor i vacilación, Candelaria fué la primera en adquirir serenidad, cobrar bríos i entereza de ánimo: hizo a sus compañeros una guiñada, que fué una voz de mando, i aquéllos se precipitaron con todo empuje sobre los peruanos; después de varias descargas cerradas, acometieron furiosamente a la bayoneta, poniendo en vergonzosa i desesperada fuga a los cobardes enemigos. El capitán Nieto, jefe de la compañía a que pertenecía Candelaria, que se encontraba con el resto de la tropa cerca del sitio del tiroteo, creyó que el destacamento se había sublevado i acudió con los suyos a fin de indagar la causa de lo que ocurría. Irritado sobremanera i sin oír a Candelaria, que se esforzaba por justificar la lucha empeñada, comenzó a castigar a algunos individuos de la tropa.

En el acto, Candelaria se acerca a él i llena de furor le dice en voz baja:

«Mis polleras las debias de tener tú i yo tus calzones. ¿Querrias que nos hubiésemos dejado carnear por esos cobardes?»

La resistencia que el capitán Nieto hizo con su compañía del Carampangue i seis soldados de caballería contra una vanguar-

dia de cincuenta hombres que el coronel Espino mandó a las órdenes del mayor Vega, dió tiempo al jeneral Torrico para ocupar la formidable posicion que el jeneral Moran le disputaba. El batallon Arequipa, enviado con el objeto de impedir la marcha de Torrico, viendo frustrada la realizacion de sus propósitos, volvió caras inesperadamente i se retiró a Chiquian, dejando a la division chilena en la mas completa libertad de accion.

Miéntras Torrico se retiraba sobre Recuay, el enemigo hostilizó la retaguardia de la division. Candelaria, que formaba parte de esa retaguardia, peleó como el primero, sin desmayar ni un instante i alentando a sus compañeros con palabras tan enérgicas i patrióticas, que hacian vibrar sus corazones de coraje i entusiasmo. En la tarde del siguiente dia, Torrico se alejó del pueblo de Recuay, en direccion a Huaraz, a donde llegó a las 12 de la noche; i dirijióse inmediatamente al cuartel jeneral, a fin de imponer verbalmente al jeneral en jefe de todas las ocurrencias acaecidas el 18 i dia subsiguiente, recibir nuevas instrucciones i acordar el modo como se debia conducir en lo sucesivo.

El cuartel jeneral recibió con inusitadas manifestaciones de entusiasmo a los que habian sostenido la retirada con tanta valentía i denuedo. Candelaria entró al frente de la columna i objeto fué de calurosas manifestaciones, homenaje mui justo por su valor i relevantes cualidades militares. Esta vez el jeneral en jefe dispuso que Candelaria fuese considerada en clase de sarjento primero para que así pudiese gozar del corto sueldo de doce pesos mensuales, dotacion asignada a dicha clase.

VI

Pocos dias despues, las dos divisiones del ejército formaron un solo cuerpo, i el cuartel jeneral se estableció en Caraz, miéntas el Protector establecia el suyo en Ancachs.

«Los dos ejércitos, dice el historiador ántes mencionado, permanecieron durante una semana separados por un espacio de

dos leguas, sin que a ninguno de ellos le fuese dado retroceder, sin esponerse a ser obligado a combatir.

«Seria difícil describir la ansiedad, el sobresalto, la preocupacion que en esos dias solemnes reinaba en los campamentos desde la fogata del soldado hasta la tienda de los jenerales.

«De las dos partes se empleaban medidas rigurosas de precaucion. Un jeneral hacia todos los dias la descubierta en el campamento enemigo, i del nuestro se enviaban por la llanura columnas lijeras a reconocer la situacion de los contrarios.

«Por fin, en la tarde del 19 de enero, el jeneral Búlnes, montado en el hermoso caballo que el Gobierno de Chile le envió en recompensa de Guías, se presentó a su ejército, que estaba formado al frente de las casas de San Miguel i lo arengó diciéndoles: «que el jeneral Santa Cruz habia ofrecido volver vencedor a Lima el 24 de enero i que estando para concluir el plazo, se habia resuelto a ponerlo en situacion de cumplir su promesa. Un grito unísono, espontáneo, de *¡Viva Chile!, ¡Viva el jeneral Búlaes!* fué la contestacion de la tropa.»

«El 20 de enero las bandas de músicos rompieron a diana, tocando la Cancion Nacional de Chile, i simultáneamente tomaron los batallones la colocacion que se les habia asignado.

«Entre las posiciones ocupadas por el ejército enemigo, el cerro llamado Pan de Azúcar era la mas inespugnable i allí el jeneral Santa Cruz colocó una division que él consideró como la llave de la batalla. Esa division debia proteger el resto del ejército de aquél, bajar de su altura inaccesible i tomar entre dos fuegos al ejército chileno, cuando éste se hubiese comprometido en toda su línea.

«El Pan de Azúcar es hasta cierto punto inaccesible. En sus faldas escarpadas no hai un camino para llegar a la cima, sino angostos senderos, que desaparecen de trecho en trecho. Hai momentos en que no es posible avanzar de pié...» En la planicie pequeña que lo domina, se atrincheraron cinco compañías federales mandadas por el jeneral Quiroz.

Tomar esa posicion era empresa tan temeraria como importante para el buen éxito de la batalla.

El jeneral Búlnes así lo comprendió i, llegado su ejército al

pié del Pan de Azúcar, allí formó una columna lijera de 400 hombres, cuyo mando se confió al comandante del Carampangue, don Jerónimo Valenzuela, a quien servia en calidad de agregado el coronel don Juan Antonio Ugarteche. Esa columna se componia de cuatro compañías de Cazadores, mandadas por sus respectivos capitanes: la del Carampangue, por don Guillermo Nieto; la del Santiago, por don Manuel Tomas Tocornal; la del Valparaiso, por don Nicolas Sánchez; i la sesta compañía del batallón Cazadores del Perú.

Acompañaba a la compañía del Carampangue i "especialmente al capitán Nieto, la sarjento Candelaria, que en la jornada debía cubrirse de gloria inmarcesible por su valor i entusiasmo".

A las 9 de la mañana, aguardaba la columna, al pié del Pan de Azúcar, la voz de mando que debía precipitarla al asalto. Dada la orden de ataque, la columna se dispersó al rededor del cerro i un momento despues comenzó a ascender por sus faldas casi perpendiculares, en medio de un sol abrasador, viéndose obligados a arrastrarse sobre sus manos i piés, a apoyarse en sus fusiles o tomarse unos a otros para no rodar en el abismo.

Las compañías avanzaron, sin embargo, sin que la fatiga, ni un sol de fuego, ni la superioridad de sus enemigos, amenguase un momento su esfuerzo i resolucion.

Llegados por fin a la cumbre del cerro, se trabó allí la lucha con nuevo ardor i mayor pertinacia; cruzáronse las columnas a la bayoneta; peleóse con un encarnecimiento de que la historia presenta raros ejemplos. En esta sangrienta lucha, Candelaria Pérez avanzó en primera línea de la compañía del Carampangue, que fué la primera, tambien, en romper el fuego i escalar la altura.

El arrojo i audacia que en ese día desplegó Candelaria, causaron la admiracion de sus compañeros de lucha i, entre otras proezas por ella realizadas, cúpole la honra de arrebatarse un estandarte al enemigo.

No cesó un instante de animar con su palabra a los bravos cazadores de su fiel Carampangue, que allí fueron casi completamente esterminados. Ella misma refiere que contribuyó mu-

cho a alentarla la presencia en las trincheras de un antiguo enemigo, que durante la lucha le dirijia groseros insultos. Estos fueron contestados sin tardanza i sin lugar a réplica: Candelaria enfurecida le acomete ántes que a nadie i le mata en su propio sitio.

El ejército entero, que fué testigo de la bravura personal de Candelaria en el célebre episodio de Pan de Azúcar, la aclamó con entusiasmo, cariño i veneracion.

Este brillante prólogo de la batalla de Yungai, terminó a las 10 de la mañana, produciendo temor i desaliento en Santa Cruz i sus tropas.

Terminado el ataque de Pan de Azúcar, comenzó el de los atrincheramientos del ejército enemigo i luego la batalla se hizo jeneral en toda la línea de ámbos combatientes. El fuego de infantería i de artillería fué haciéndose mas i mas mortífero, a medida que los chilenos avanzaban a cuerpo descubierto sobre el campo enemigo: hubo cargas furiosas de caballería i a la bayoneta, i durante seis horas prodijios de valor i de heroismo ilustraron el campo de accion.

La batalla, una de las mas encarnizadas, sangrientas i tenaces de que haya sido teatro la América, concluyó a las 4 de la tarde, hora en que el jeneral Búlnes, en el mismo campo de su triunfo, redactaba de carrera la primera noticia de la victoria, que envió a Chile con el coronel don Pedro Urriola.

Vencido Santa Cruz, que huyó precipitadamente, abandonando los restos desorganizados de su ejército, la Confederacion quedaba disuelta de hecho.

Tan heroica fué la conducta del ejército chileno, que el jeneral don Agustin Gamarra escribia en una de sus cartas al Exce-lentísimo señor Presidente de Chile, don Joaquin Prieto, las siguientes palabras: "Cinco horas de combate encarnizado, venciendo posiciones inaccesibles, han probado que el soldado chileno es el mas valiente del mundo."

En lo mas reñido de esta pelea, Candelaria Pérez se hizo notar, como ántes, por su indiferencia ante el peligro, por su arrojo temerario, por las enérgicas arengas con que enardecia

el alma de nuestros soldados i por el solícito interes con que atendia a la curacion de los heridos.

.....

VII

«Era el 19 de noviembre (1839). La primavera comenzaba a vestir los árboles con su ropaje matizado i pintoresco. La ciudad se vestia de gala. El pabellon ondeaba al frente de todas las casas, miéntras en la Alameda una multitud compacta aguardaba ansiosa el momento en que asomasen las primeras columnas del ejército.

«Entre los álamos se habian colocado palcos, adornados con guirnaldas de flores para las alumnas de todos los colejos, i varios arcos triunfales realzados con versos alusivos a la campaña, trazaban el camino que recorrerian los vencedores.

«Al pié de esos arcos o bajo de ellos, se ajitaba una multitud inquieta, compacta, compuesta de todo lo que tenia Santiago de mas alto i de mas bajo, desde el centro hasta el arrabal. Todas las categorías sociales se borraban por un momento i se refundian, por decirlo así, dentro de la gran idea de la patria.

«Entre tanto, el jeneral Búlnes que habia alojado la noche anterior en la finca de don Francisco Ruiz Tagle, a donde habia ido a buscarlo una comision de ciudadanos, entre quienes se encontraba el Presidente Prieto, asomaba a medio dia en uno de los extremos de la Alameda, a la cabeza de sus soldados, montado en su caballo de batalla, fiel compañero de sus angustias i peligros.

«Simultáneamente rompieron la marcha triunfal todas las bandas de músicos: las alumnas de todos los colejos, vestidas de fiesta, entónaron a una voz la *Cancion de Yungai*, a que hacia coro la multitud con ese aplauso unisono pero discordante como el entusiasmo popular.

«En pos de Búlnes desfilaron todos los cuerpos de la segunda division, i a medida que se presentaba cada uno, los *vivas* redoblaban; al mismo tiempo las familias de los soldados, rompiendo las filas, se abrazaban de sus deudos, i formaban esce-

nas en que el amor i el patriotismo se confundian en un solo sentimiento de alegría.

...No faltaron en ese momento episodios dolorosos que, como una nota discordante, vinieron a turbar el eco de ese concierto entusiasta; eran las familias de las víctimas que se acercaban a las filas a indagar los detalles de su desgracia, i cuyos llantos lastimeros se confundian con las aclamaciones frenéticas de la multitud. La larga fila de los vencedores, envuelta en ese océano humano, cubierta de flores, estrechada con efusion, encontraba resistencia para avanzar. La grito se redoblabo cuando aparecia alguno de esos personajes idealizados por la imaginacion popular, como la sarjento Candelaria.

...Ésta marchaba al frente de su mitad, con chaquetilla i casco militares; jineta de sarjento i su arma al brazo. Esa entrada fué una apoteosis para esa valiente mujer: el pueblo la aclamaba frenético, los mas altos personajes, las damas mas distinguidas i el mismo ejército le tributaron ovaciones estruendosas i entusiastas.

...Incorporada siempre en el Carampangue, permanció en el servicio hasta poco despues de la entrada triunfal a Santiago del ejército expedicionario. El Gobierno, haciéndose intérprete del sentimiento público, la elevó al grado de subteniente. Hé aquí el mensaje que con tal objeto pasó el Ejecutivo al Congreso, en el cual se hace una síntesis del heroismo de Candelaria y de los servicios que prestó.

CONCIUDADANOS DEL SENADO Y DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS:

Entre los muchos hechos gloriosos que embellecieron las páginas de nuestra historia en la campaña del ejército restaurador del Perú, deberán justamente enumerarse los que Candelaria Pérez consagró a Chile, su patria adoptiva.

Esta mujer singular, que desde tiempo atras habia fijado su residencia en la capital del Perú, apenas arribó nuestro ejército a aquellas playas, cuando abandonando con noble i jeneroso

desprendimiento, su hogar, sus antiguas relaciones i cuanto poseia en aquel pueblo, se incorporó voluntariamente a aquél, para prestarle servicios de magnitud, aun con notorio peligro de su misma existencia.

Durante el sitio que despues de la batalla de Guías se puso a la fortaleza del Callao, el entusiasmo de esta mujer, su arrojo i conocimientos locales fueron para el ejército de la mayor utilidad, pues constantemente se le vió incorporada entre la tropa que debia desempeñar cada día el peligroso servicio de descubiertas i reconocimientos bajo el tiro de la misma fortaleza. Ella le acompañó en la campaña del norte i la Sierra, participando de todas sus penalidades i privaciones, i con admiracion de todo él quiso participar tambien de los peligros en las célebres jornadas de Buin i Yungai, conduciéndola su patriótico entusiasmo al extremo de desplegar en la última batalla un valor i esfuerzo tan extraordinarios, que llegó a rivalizar con los soldados mas aguerridos de la vanguardia.

Tan señalados servicios no podian quedar sin recompensa, i el jeneral en jefe dispuso que fuese considerada en clase de sarjento primero de uno de los cuerpos del ejército, para que así pudiese gozar del corto sueldo de doce pesos mensuales, que tiene designados dicha clase i con el cual podria atender a sus mas precisas necesidades; mas, no pudiendo el Gobierno prestar su aprobacion a aquella medida en la parte que le señala sueldo, no obstante de considerarla equitativa, justa i que aun afecta al honor nacional, por no estar en el círculo de sus atribuciones, se hace un deber de ocurrir, de acuerdo con el Consejo de Estado, a las Cámaras lejislativas en solicitud de la continuacion de dicha gracia desde la fecha en que le fué concedida por el jeneral en jefe, decorándola al mismo tiempo con el grado de subteniente de ejército, o bien que se le dispense alguna otra recompensa que el Congreso tuviere a bien acordarle.

Santiago, julio 24 de 1840. — JOAQUIN PRIETO. — *Ramon Cavareda.*

VIII

Hechos sin cuento comprueban la importancia de los servicios que Candelaria Pérez prestó al ejército en la campaña tan difícil como gloriosa que disolvió la Confederación Perú-Boliviana. Su valor, entusiasmo, abnegación i recursos de ingenio, se revelan a toda hora en el campo de batalla, en el servicio de exploraciones i en la vida del campamento.

En cierta ocasión en que se perseguía al enemigo, que marchaba en retirada, un soldado del destacamento perseguidor, al cual pertenecía Candelaria, enardecido por los celos, atentó contra la vida de ésta. Ella serenamente evita con su arma el lanzazo, que seguramente le habría atravesado el corazón, i, con el auxilio de un soldado que vino a socorrerla, da muerte al infame agresor.

Muy conocedora de los caminos i localidades como del carácter porfiado i hostil de los peruanos, que hacían guerra de recursos al ejército chileno, ella descubría víveres i otras provisiones donde nadie los hubiese encontrado.

Candelaria con frecuencia se apartaba del campamento con algunos soldados, i después de recorrer los alrededores, volvía cargada de la apetecida vitualla.

A veces muy de mañana marchaba a sorprender a los peruanos, a quienes hacía tender en el suelo, e indicando a sus compañeros de armas les pusiesen su sable sobre la garganta, ella preguntaba a aquéllos.

¿Hai tortillas, huevos, gallinas, pavos? ¡Si! si! era la respuesta casi siempre inmediata.

A este género de servicios, podríamos agregar un hecho que ella calificaba de su "gran pecado."

Un dichoso cura, según sus propias palabras, poseía una heredad llena de hortalizas. El jefe militar de Candelaria mandó a pedirle algunas, porque ya la tropa se moría de hambre i de calor. Como el cura se negase a la petición, se le ofreció comprárselas, i también se resistió a venderlas. Entonces Candelaria, en un arrebato de cólera, pide cinco soldados, se dirige al

huerto, derriba la puerta i arranca cuantas legumbres aquéllos pueden llevar consigo.

La serenidad de su espíritu i su exaltado patriotismo, no se amenguaron jamas; i sus palabras como sus hechos, prueba fueron de tan plausibles dotes. Lo que pasamos a referir, corrobora esas tan extraordinarias condiciones de su temple.

Hora i media ántes de la batalla de Yungai, Candelaria Pérez servia un lijero almuerzo a varios oficiales, entre los que se encontraba el capitán de la compañía de Cazadores del Batallón Santiago, don Manuel Tomas Tocornal, i el teniente de la misma compañía del Batallón Carampangue, don José Vicente Urizar, modelo de bravura. Observando Candelaria que Urizar estaba triste i pensativo, actitud mui ajena a su carácter, le dijo: "¿no ve Ud., mi teniente, que nuestros enemigos nos están pidiendo perdon de rodillas con las manos puestas?" I al decir esto, señalaba un tronco que, visto de léjos, parecia un hombre en actitud de súplica.

Una hora despues, Urizar habia perccido en la accion i el pronóstico de Candelaria se cumplia de un modo profético.

Despues de la batalla, cuando los prisioneros enemigos marchaban a su destino, Candelaria Pérez se encontraba en medio de un grupo de oficiales que los miraba desfilar. Como Candelaria notase entre aquéllos a un jóven rubio i de hermosa presencia, que habia conocido en el Callao, se dirijió a él i le habló en ingles.

Sorprendidos sus compañeros, le preguntaron qué habia dicho a ese jóven. Candelaria narró entónces que, estando ella encerrada en Casas-Matas, aquél le decia con frecuencia: "me voi a enrolar en el ejército de Santa Cruz para matar chilenos." I agregó que, para corresponder a esa galantería de otro tiempo, habia creído de su deber decirle ahora: "me he enrolado en el ejército chileno para matar gringos".

IX

Candelaria fué de estatura regular, tez morena, facciones sim-

páticas, de porte gallardo i en su conjunto mui bien parecida (1).

Aunque desprovista de instruccion, era mui delicada en sus maneras, si bien en éstas se manifestaba a veces la brusquedad del soldado; su carácter era esencialmente noble, jeneroso i lleno de afabilidad; su espíritu franco i caballeresco; su conversacion, amena i enérgica, como la de encanecidos veteranos; humilde i sumisa, condiciones adquiridas bajo la disciplina militar, como vigorosa i tenaz en sus resoluciones.

Resaltaban, entre estas dotes, su ilimitada abnegacion i su amor patrio incomparable.

Se incorporó al Ejército, porque éste estaba formado por sus compatriotas, mensajeros de su caro Chile, a quienes podia auxiliar como intelijente guia en un país estraño para ellos; i porque deseaba contribuir con todos los alientos de su alma a la defensa de la causa nacional. Así lo comprueba toda su jornada bélica; i así lo evidencian los sacrificios que soportó en una lucha obstinada i cruenta, sin recibir galardón alguno adecuado a sus grandes i distinguidos merecimientos. "A haber sido éstos tomados en cuenta, a haberse pensado en premiarlos, dice con toda injenuidad su viejo i patriota confesor, Fr. Benjamin Rencoret, Candelaria Pérez debió haber regresado a Chile con el grado de capitán. Mezquino fué que se reparase en su sexo, para no recompensarla debidamente i hacerlo con demasiada parsimonia. El hecho de ser mujer, debió influir para que mas estima merecieran sus proezas".

Su personalidad acrecia en la imajinacion del pueblo; i era a la luz de la lumbre tema favorito recordar con cariño i respeto sus hazañas.

Despues de los primeros homenajes que se le tributaron, el pueblo de Chile casi olvidó completamente a su heroína; pero hubo un día en que fué objeto de una ovacion estruendosa, último testimonio de justicia i último consuelo para sus desgra-

(1) Es mui posible que en el monasterio del Buen Pastor, de Talca, exista algun retrato de Candelaria Pérez; pues antes de entrar J. N., hija de aquélla, al antedicho convento, sabemos que se retrataron ámbas.

cias. El 25 de febrero de 1849, se representaba en el Teatro de la República, en Santiago de Chile, un drama de espectáculo, escrito por don Manuel de Santiago Concha i titulado *La Accion de Yungai*. Uno de los personajes de mas importancia era la Sarjento Candelaria. La actriz que desempeñaba ese papel, arrancaba frenéticos aplausos a la concurrencia. La propia Sarjento Candelaria habia asistido esa noche al Teatro, i desde la testera de un palco presenciaba la representacion del drama. Repentinamente alguien del auditorio alcanza a divisarla; en seguida el público entero la reconoce i, por fin, todos la aclaman con delirio. Esta ovacion fué la última recompensa moral que le discernieron sus conciudadanos.

X

La vida privada de Candelaria en los últimos años de su existencia, es fecunda en virtudes cristianas i enseñanzas morales de todo jénero. Es concluyente prueba de ello el autorizado juicio de Fr. Benjamin Rencoret, que fué director espiritual de Candelaria i a quien sobre aquella faz de su carácter cedemos la palabra.

«Se distinguió, dice tan venerable sacerdote, por su piedad i fervor en el servicio de Dios. Comulgaba todos los dias con edificacion de los fieles, i solo este pan de los fuertes pudo darle la resignacion que requeria en medio de los innumerables trabajos i dolores que padeció.

«Valiente como un veterano, se sobrepuso sin desmayar nunca al dolor i a la fatiga; siempre que pudo abandonar su lecho de enferma, jamas faltó a las distribuciones de la iglesia.

«Muchas veces la recojieron personas piadosas, que la encontraron tendida i derramando sangre sobre las piedras de la calle. A causa de su parálisis, se vió obligada a contratar muchachas para que la vistieran i apoyasen en su marcha al templo. Esas malvadas rapazuelas la hacian sufrir con frecuencia, prevalidas de su postracion, y la abandonaban sin piedad. Eran tantos sus dolores i aficciones, que llegaba al estremo de perder a veces la razon, a pesar de la gran fuerza de voluntad de

que estaba dotada. Solo el gran poder de la relijion i la fortaleza que de ella brota, pudieron dar consuelo i resignacion a esta alma atribulada. ¡Pobre Candelaria!

"Fué una escelente amiga, leal, jenerosa i franca. Hé aquí un elocuente rasgo de tan hermosa i escasa dote del corazon humano.

"Un amigo pobre le pidió cierta vez que le afanzara en treinta pesos que adeudaba i no podia cancelar. En el acto, Candelaria le afianza; i comienza el pago de aquella suma con dividendos de su miserable sueldo, sin exigir los recibos de cancelacion ni el documento suscrito por el deudor. Trascurrido algun tiempo, el acreedor vuelve a cobrar la fianza con intereses penales; i, por mas que la pobre mujer se confundia i lamentaba por el apremio judicial, no pudo legalmente hacer valer sus razones. Hablé, entónces, con un Procurador i el Abogado don Ramon Picarte, personas caritativas, que la defendieron gratuitamente i, a costa de largas tramitaciones, consiguieron al fin obtener para Candelaria un justo fallo."

Los últimos veinte años de su vida fueron una *via crucis* permanente de miserias i abandono. Vivía agregada a la familia de Eusebio Salinas, maestro peluquero, quien ocupaba la casa mui conocida de Astorga, al pié del Santa Lucía, en la calle de la Merced arriba. Su cuarto era oscuro, pobre i estrecho como una celda.

"Sobre los ladrillos desnudos, dice don Benjamin Vicuña Mackenna, se arrimaba a la pared de dudoso blanqueo, una mesa de palo blanco con un santo i muchas botellas encima; al lado de la mesa, un catre de tablas, como los que ántes vendian los sábados en las plazuelas, i junto a la puerta, un brasero de cobre con el rescoldo de la noche todavía agonizante: hé aquí todo el menaje de aquella habitacion. Por escrúpulo de conciencia, agregaremos que las botellas a que hemos hecho referencia, nos parecieron de medicinas o talvez solo de *médicas*."

Alcanzando apénas con su exigua pension de 17 pesos mensuales para pagar el alquiler de su habitacion i vestirse humildemente, el Convento de la Merced le suministraba, de limosna, la comida.

Tan asendereada i llena de contratiempos fué la vida de Candelaria, que, cuando urjida por necesidades sin nombre, solicitó del Congreso el aumento de pension, tuvo que aguardar cuatro años de tramitaciones para que los representantes de la nacion a quien tanto habia amado i servido, le acordasen 5 pesos mensuales mas (1).

La dolencia que produjo en Candelaria una invalidez absoluta durante los veinte años ya recordados, fué una terrible parálisis, resultado inmediato de las penurias i trabajos de la guerra, la cual le hizo perder el movimiento de todo el brazo derecho i la pierna del mismo costado, i le inutilizó casi completamente un ojo.

La enfermedad que puso fin a su vida, duró cerca de dos meses, en los que se redoblaron sus penas i desventuras centuplicadas por su pobreza i aislamiento. Aquí es preciso recordar con cariñoso respeto i rendir un voto de gracia al filántropo malogrado i nunca bien sentido protomédico, doctor don Joaquin Aguirre, que siempre miró a Candelaria con solícita caridad i le prestó gratuitamente sus servicios profesionales.

En sus últimos dias, Candelaria encargó que sus trastos e insignificantes enseres se diesen en pago de sus deudas al dueño del despacho vecino i a las personas que la asistieron.

Candelaria falleció en la media noche del 28 de marzo de 1870, sin reclamar auxilio de nadie, pues ni aun despertó a una

(1) Transcribimos, por curiosidad, los trámites de la solicitud de Candelaria.

1849, junio 22.—Es presentada a la Comision de Peticiones de la Cámara de Diputados.

1849, junio 23.—Esta Comision resuelve que compete a la Cámara.

1849, agosto 10.—Pasa a la Comision de Guerra.

1850, junio 26.—Esta Comision formula un proyecto de lei acordando el aumento de 5 pesos.

1850, julio 12.—El proyecto se pone en tabla.

1850, agosto 31.—Es aprobado en particular.

1852, junio 28.—Es aprobado por el Senado.

1852, junio 30.—Es presentado al Ejecutivo.

1852, julio 13.—Es sancionado i promulgado por el Ejecutivo.

servienta que la amistad habia colocado al lado de su lecho de dolor para que velara su sueño.

El peluquero Eusebio Salinas fué quien dió la noticia del fallecimiento de Candelaria a la Comandancia Jeneral de Armas, la que dispuso que un piquete del batallon Buin le hiciera los honores de ordenanza, al mismo tiempo que comisionó a uno de sus ayudantes para que se encargara del entierro de su cadáver. En cumplimiento de esto último, se pagaron seis pesos: tres por el carro de tercera clase y tres por un año de sepultura.

"El dia 30 de marzo, narra don Ventura Blanco Viel, tuvieron lugar sus funerales. En el salon de depósito de los cadáveres, en la tercera mesa, se veía un cajon teñido de negro i en que saltaba a la vista la lijereza con que habia sido construido por el carpintero, que no habia tenido tiempo para tapar las rajaduras de las tablas, por las cuales se divisaba la mortaja que envolvía el cadaver.

"Concluida la misa de requiem, se reunieron los dolientes. Eran sólo cinco. Un antiguo teniente de ejército, tres honrados artesanos i un amigo mas. Depositado el ataud en la fosa, que tendria una vara de profundidad, los soldados hicieron unadescarga, al mismo tiempo que los sepultureros lo cubrian con tierra."

En su humilde i olvidada tumba escribió un poeta la siguiente estrofa:

Yace bajo esta cruz, llave del cielo,
Una mujer heroica, extraordinaria,
Honra de Chile en el peruano suelo,
La harto infeliz sarjento Candelaria.
Recordando a Yungai con santo celo,
Alce el pueblo por ella su plegaria;
Y rinda al recordar su noble historia,
Llanto a sus penas i a su nombre gloria.

No quedó otra herencia de Candelaria que su uniforme militar: un morrion i una chaquetilla de seda roja, objetos que fueron entregados por Eusebio Salinas a Fr. Benjamin Rencoret,

quien mas tarde los regaló al Museo Nacional, con el especial encargo de que pusieran al morrion un pompon colorado, insignia del cuerpo a que pertenecia, i un galon en la manga del dorman, a fin de que constase su grado de subteniente.

Don Ventura Blanco Viel inijció en la revista *La Estrella de Chile* una suscripcion para reunir fondos y comprarle una sepultura perpétua; mas no pudo conseguir del pueblo, que la habia aclamado ántes, siquiera un modesto óbolo para llevar a término tan caritativo fin.

¡Sus restos fueron arrojados a la fosa comun!

XI

Incluiremos aquí, como remate de nuestro opúsculo, la letra íntegra de la *Cancion de Yungai*, hermoso himno patriótico compuesto por don Ramon Renjifo, en celebracion de los triunfos alcanzados por el ejército chileno durante la guerra entre Chile i la Confederacion Perú-Boliviana.

Ese himno se cantó por primera vez en la recepcion solemne de las tropas victoriosas, de que ántes hemos dado cuenta, acompañado de otro musical, escrito por el compositor chileno don José Zapiola.

Las estrofas son las siguientes:

*Cantemos la gloria
del triunfo marcial,
que el pueblo chileno
obtuvo en Yungai.*

Del rápido Santa
pisando la arena,
la hueste chilena
se avanza a la lid.

Lijera la planta,
serena la frente,
pretende impaciente
triunfar o morir.

Coro

¡Oh Patria querida!
¡Qué vidas tan caras
ahora en tus aras
se van a inmolar!
Su sangre vertida
te da la victoria;
su sangre a tu gloria
da un brillo inmortal.

Coro

Al hórrido estruendo
del bronce terrible,
el héroe invencible
se lanza a lidiar.
Su brazo tremendo
confunde al tirano,
i el pueblo peruano
cantó LIBERTAD.

Coro

Desciende, Nicea,
trayendo festiva
tejida en oliva
la palma triunfal.
Con ella se vea
ceñida la frente
del jefe valiente,
del héroe sin par.

